

INTRODUCCION GENERAL A LOS PROBLEMAS Y ASPECTOS DE LA COMUNICACION DISCURSIVA Y TEXTUAL

**Juan Herrero Cecilia
Universidad de Castilla-La Mancha**

1 ¿QUÉ PODEMOS ENTENDER POR COMUNICACIÓN «DISCURSIVA» Y POR COMUNICACIÓN «TEXTUAL»?

La célebre distinción que Saussure propuso, a primeros de siglo, entre *langue* y *parole* sirvió de fundamento para el desarrollo de la lingüística moderna condicionando al mismo tiempo, durante muchos años, sus planteamientos y su evolución. En efecto, en vez de dedicarse a estudiar el funcionamiento real del lenguaje tal como es empleado por los sujetos hablantes para organizar-significar su conocimiento del mundo y su experiencia de la vida, en actos y procesos concretos de enunciación/ comunicación que se producen en un determinado contexto humano y socio-cultural, la lingüística adoptó una perspectiva estrictamente «inmanente» orientada hacia el análisis estructural de los elementos y niveles que se integran o se combinan dentro del sistema semiótico de cada lengua, o una perspectiva, aparentemente más dinámica, de carácter generativo cuyo objetivo consiste en explicar y explicitar las operaciones y las reglas que permiten aun hablante abstracto e ideal generar o entender un número infinito de frases gramaticales y semánticas.

Desde estas perspectivas la lengua queda reducida a una entidad abstracta y deshumanizada o a un mecanismo de generación de frases independiente de la intencionalidad comunicativa del sujeto que la emplea, de su relación con el destinatario del acto de comunicación, e independiente también de la competencia cultu-ral (nivel de conocimientos) que exige una adecuada construcción verbal del «universo de sentido» objeto del acto de comunicación.

Resumimos a continuación algunos aspectos fundamentales del funcionamiento real de la lengua en los procesos de comunicación que no son contemplados por la lingüística estructural ni por la gramática generativa :

a) Que la lengua no funciona ni existe por sí misma como una entidad abstracta compartida de forma semejante por todos los sujetos de una misma comunidad lingüística sino que cada uno la domina y conoce con mayor o menor amplitud y profundidad. Que la lengua se manifiesta siempre a través de los *actos de enunciación* (actos históricos y existenciales) que realizan los interlocutores en *contextos concretos de comunicación*.

b) Que los actos de enunciación son complementarios de los actos de recepción-interpretación y producen *enunciados* orientados siempre en función de una determinada intencionalidad y una finalidad comunicativa. Hablar implica una determinada actividad *ilocutoria* sometida a las reglas que regulan los actos de comunicación dentro de las normas de convivencia asumidas por una cultura o civilización.

c) Que los *enunciados verbales* constituyen «representaciones» (más o menos elaboradas) de *espacios mentales* o *universos semántico-referenciales* que el sujeto enunciator *modaliza* en mayor o menor grado proyectando sobre ellos una serie de actitudes o de perspectivas relacionadas con su nivel de verdad, realidad, necesidad, etc.

d) Que los «universos semánticos» representados a través del enunciado se organizan y se construyen haciendo intervenir esquemas de coherencia textual que implican ciertas operaciones cognitivas. Estos esquemas de carácter discursivo-cognitivo superan los límites de la frase y permiten al enunciator organizar el encadenamiento del texto-enunciado como un proceso orientado hacia la construcción de una totalidad; y permiten al receptor-interpretante realizar anticipaciones sobre el sentido global del universo evocado facilitando así su comprensión.

e) Que los esquemas de encadenamiento y organización del texto-enunciado son de alcance *local* (microtextual) y de alcance *global* (superestructural y macrotextual). Entre los esquemas de alcance global hay que distinguir los que son de tipo *secuencial* (encadenan el discurso del texto siguiendo los moldes de la *narración*, de la *descripción*, de la *argumentación*, de la *explicación*, etc.) y los que son de tipo *temático*, *retórico* y *pragmático*, es decir relacionados con los temas, tópicos, procedimientos y orientación ideológico-argumentativa que imponen los *géneros* o *subgéneros* propios de cada discurso social (por ejemplo: el discurso periodístico, el discurso religioso, el discurso literario, el discurso jurídico, el discurso científico, etc.).

Cada uno de los discursos sociales ha ido generando, en efecto, a lo largo de la historia de una cultura una serie de *formaciones* y *prácticas discursivas*

específicas cuyas normas y convenciones codificadas en *géneros* regulan y orientan la escritura y la lectura-interpretación de los textos.

Los discursos sociales y sus géneros son de carácter institucional y socio-cultural y contribuyen a canalizar el dinamismo variado y complejo de la comunicación humana en campos como la administración, la vida política, la información, la ciencia, la enseñanza, la vida familiar, las diferentes profesiones y actividades sociales, etc.

Los planteamientos a los que acabamos de hacer alusión abren nuevos caminos al estudio del lenguaje y de la comunicación verbal, y han sido puestos de relieve desde diversas perspectivas de enfoque como, por ejemplo, la lingüística de la *enunciación*, la *pragmática de la comunicación*, el *análisis del discurso* (en sus diferentes orientaciones), la lingüística *textual*, la *semántica del texto*, la *semántica conceptual y cognitiva*, los múltiples enfoques de la *sociolingüística* (etnografía y etnometodología de la comunicación, etc...) y de la *lingüística interactiva* (análisis de la conversación, etc.).

El enfoque que vamos aquí a presentar tratará de poner de relieve algunos de los aspectos que intervienen en lo que llamamos comunicación «discursiva» y comunicación «textual»; para ello intentaremos iluminar el funcionamiento del lenguaje como una actividad humana especial que organiza y representa *universos de sentido* (mundos de contenido temático-referencial) por medio de los *enunciados verbales* que los interlocutores producen e interpretan en procesos y situaciones concretas de comunicación.

En realidad todo *enunciado verbal* manifiesta a la vez una dimensión de comunicación «discursiva» y una dimensión de comunicación «textual». Comunicación *discursiva* porque los enunciados se organizan según las normas y convenciones que se derivan de los *géneros* (y subgéneros) propios de cada discurso social. Los géneros del discurso codifican, por ejemplo, el estatuto y los roles que puede asumir el enunciador cuando produce enunciados relacionados con tal o cual formación discursiva o práctica social de comunicación. Al mismo tiempo el género regula las convenciones que permiten encauzar la recepción de los textos-enunciados estableciendo un pacto de escritura/lectura o de enunciación/recepción. Esas convenciones se refieren a los contenidos temáticos y a los procedimientos retórico-enunciativos que intervienen en los enunciados. Como afirma F.Rastier, «un género es entonces lo que pone en relación un *texto* con un *discurso*» (1989: 40)

Comunicación *textual*, porque cada enunciado verbal se presenta como un mensaje concreto organizado según una cierta coherencia temática y secuencial,

es decir constituyendo un *texto*, sea oral o escrito. Podemos establecer, sin embargo, como hace J.M.Adam (1992:15-16) una diferencia entre lo que es *discurso* y lo que es *texto*. Un discurso social genera diversas categorías de textos que responden (según las reglas de cada género) a codificaciones sociolectales determinadas. El discurso inscribe al texto dentro del dinamismo comunicativo de un contexto institucional y socio-cultural. Lo discursivo es entonces toda actividad enunciativa de carácter socio-cultural.

El *texto* en cambio, más allá de su forma de objeto material oral o escrito, es un objeto abstracto, es decir un signo complejo que representa un universo construido o evocado a través de una determinada configuración o encadenamiento de frases y de secuencias. Su funcionamiento y organización sólo pueden ser explicados dentro del marco de una teoría de su estructura composicional.

Los *enunciados verbales* (orales o escritos) son entonces una especie de escenario donde pueden estar interviniendo dimensiones y aspectos más o menos elaborados, más o menos dinámicos o complejos. Habrá que ver, por ejemplo, cómo funcionan en ellos los elementos sociolectales (convenciones temáticas y retóricas de un género) y los aspectos del contexto socio-cultural. Habrá que ver también cómo se proyectan sobre el enunciado las marcas y las modalidades del proceso de enunciación y del proceso de recepción ; y cómo se organizan y se encadenan secuencialmente las proposiciones y las macroproposiciones textuales para construir la totalidad del universo representado o evocado.

Para organizar el universo representado a través del texto el sujeto enunciator puede recurrir a tipos de encadenamiento secuencial diferentes (el tipo narrativo, el descriptivo, el dialogo, el argumentativo, etc.) que responden a percepciones cognitivas de la realidad también diferentes.

Si adoptamos la perspectiva del proceso de enunciación y del proceso de recepción-interpretación, tendremos que establecer una diferencia entre los enunciados producidos en situación de *dependencia del contexto de comunicación* o destinados a un auditorio o a un sujeto *presente* de forma inmediata o distanciada (como en la conversación telefónica, o con los oyentes de un programa radiofónico), y los enunciados producidos con *independencia del contexto y de la situación inmediata de recepción* (comunicación *diferida* destinada a sujetos situados en un contexto espacial y temporal diferente). Como ejemplos de enunciados dependientes del *contexto de enunciación-recepción* (y por lo tanto muy relacionados con los rituales socio-discursivos y con determinadas actividades y objetivos de comunicación) podríamos citar los diversos tipos de *conversación* (familiar, telefónica, de salón, de negocios, etc.), los diversos tipos de entrevista, las conferencias, los debates, los mitines y discursos políticos, los sermones religiosos, las clases, los

programas de televisión y de radio en directo, etc. Como ejemplo de enunciados elaborados en una situación *independiente del contexto de enunciación/recepción* para establecer una comunicación *diferida*, podemos citar todos los textos surgidos de la actividad de *escritura*, y también los programas radiofónicos o televisivos que han sido producidos para ser emitidos en diferido.

La *escritura* «objetiviza» el enunciado y constituye un apoyo fundamental para la *memoria* y para la estructuración del pensamiento humano. Algunos discursos sociales (por ejemplo, el discurso científico, el administrativo, el discurso jurídico, el discurso literario ...) recurren de forma preferente a los textos escritos organizados según las normas de los diversos géneros. Los textos escritos exigen una especial competencia discursiva, intelectual y cultural por parte del sujeto enunciador. Además de contribuir a estructurar de forma más elaborada y coherente el mensaje, la actividad de *escritura* permite corregir y modificar el enunciado para alcanzar una mejor realización del *proyecto* que guía la intencionalidad comunicativa del sujeto y una mejor adecuación a las posibilidades temáticas y expresivas que se derivan del género del discurso al que pertenece el texto escrito.

Como el mensaje no puede apoyarse en lo contextual inmediato, lo escritural tiene que dar forma verbal a lo situacional y a lo no-verbal (Ver J.Peytard, 1982:123-138). Escribir un texto (y especialmente un texto de creación literaria) impone la tarea de elegir entre diferentes posibilidades y de seleccionar y orientar los elementos en la línea de un *proyecto unificador*. Como señala J.Ricardou, la *escritura* es una labor de «re-escritura» (mejorar lo ya escrito) y «aprender a escribir es aprender a pensar» (1989: 111-116). Y como es verdad que siempre se puede esperar conseguir una versión más perfecta, el problema de la *escritura* es saber «cerrar» la configuración del texto.

El texto escrito llega al lector o al destinatario adoptando la forma de una carta, de un informe, de un artículo de periódico o de revista, de un libro que trata de un tema específico, etc. El destinatario lo recibe y percibe como un mensaje completo y ya elaborado, que ha sido organizado siguiendo alguna determinada estrategia de comunicación.

Para que ese mensaje surta efecto y alcance los objetivos de comunicación que persigue, necesitará ser re-enunciado o co-enunciado por un Sujeto Receptor-Interpretante; es decir que sin el proceso de lectura-comprensión-interpretación el enunciado escrito queda incompleto, y sólo alcanza su plena justificación y su dimensión dialógica e interactiva cuando la actividad recreadora de la lectura-comprensión permite descubrir la «imagen del mundo» o el «universo temático-referencial» construido y «representado» por medio de la configuración discursiva del texto-enunciado.

Hay que señalar, sin embargo, que un texto escrito e *independiente del contexto inmediato* puede adoptar un «estilo» de *oralidad* o los rasgos que caracterizan una comunicación inmediata de carácter *coloquial*. El texto nos ofrecerá entonces la imagen de una actividad de «enunciación representada»; es decir el enunciado que leemos se presentará como el discurso que surge de la *voz de alguien* que está «hablando» (o pensando) en un tono más o menos espontáneo o «natural». El texto puede darnos también la imagen (construida por la escritura) de un *diálogo vivo* entre varios interlocutores.

Este tipo de textos que ponen en escena la «voz» de un narrador o la voz de un «yo» (inventado) que habla (o que piensa o monologa) desde el interior mismo del texto, suelen pertenecer al *discurso literario* que tiene un gran poder de representación-simbolización porque hace intervenir la imaginación creadora y produce enunciados (textos de ficción) que actúan como signos o símbolos estéticos de la profunda, compleja y misteriosa realidad de la vida del hombre y del mundo. Pero también en los discursos ordinarios (no-literarios) podemos encontrar el fenómeno de la «enunciación representada». En efecto, el Sujeto Comunicante (el que produce el acto de comunicación y lo dirige y orienta desde fuera del enunciado) puede poner en «escena» dentro del enunciado imágenes diferentes del Sujeto Enunciante (la imagen del hablante que surge del enunciado mismo) según los objetivos del acto de comunicación y según la estrategia que considere más eficaz y oportuna para atraerse la adhesión del Destinatario-Interpretante del enunciado.

También hay que tener en cuenta, por último, (tanto en el texto literario como en los enunciados ordinarios) los problemas del *discurso citado, aludido o relatado* (o lo que se llama la «enunciación citada»).

Introducir la palabra del otro en nuestro discurso (en el discurso primero o discurso citante) puede dar lugar, en efecto a toda una sutil y compleja labor de *manipulación enunciativa*.

1.1 Competencia de comunicación y competencia lingüística

La comunicación discursiva y la comunicación textual remiten a una *competencia de comunicación* que no puede reducirse a la noción de «competencia lingüística». La *competencia lingüística* tal como la entiende, en efecto, la gramática generativa en la línea de las teorías de Chomsky, no se refiere a la capacidad de comunicación (situacional, social, profesional, cultural, etc.) del Sujeto hablante sino a la capacidad de un hablante ideal (el que ha interiorizado el funcionamiento correcto del sistema de una lengua) de producir y de comprender un número ilimitado de frases (gramaticales y semánticas) aplicando un número limitado de *reglas* o esquemas de organización, combinación y transformación de las estructuras sintácticas de una lengua.

Ahora bien como la noción de «hablante ideal» es una abstracción de tipo metodológico y como los *hablantes reales* hablan siempre en función de unos objetivos discursivos determinados (de carácter afectivo, profesional, institucional, intelectual, ideológico, etc.) y dentro de un determinado contexto (más o menos inmediato), la *competencia de comunicación* (discursiva y textual) es la única que permite generar *enunciados verbales* (y no sólo «frases gramaticales») pertinentes surgidos de un *acto de enunciación* (existencial e histórico) y adaptados a una intencionalidad y a unos objetivos comunicativos concretos dentro de un contexto interhumano y socio-cultural también concreto.

La competencia de comunicación se asimila, se desarrolla y se ejercita a través del contacto que los individuos mantienen con las instituciones sociales y culturales (la familia, la escuela y la enseñanza, la administración, la prensa y los medios de comunicación, la literatura en sus diversas manifestaciones, la justicia, la religión, la ciencia, la técnica, los oficios y las profesiones, etc.) y a través de la *participación directa* en la producción y en la lectura-interpretación de enunciados y de textos relacionados con diversos contextos y situaciones de comunicación y con géneros diferentes de los diversos discursos sociales.

Por otro lado, también es verdad que los enunciados verbales hacen intervenir las «frases gramaticales» que permite construir el sistema semiótico de una lengua, y, por lo tanto, la competencia de comunicación se apoya sobre una «competencia lingüística». Pero la frase por sí misma ofrece una *significación* virtual y descontextualizada. Para que esa significación se actualice en un mensaje concreto que tenga un *sentido* concreto, necesita integrarse en un *enunciado*, es decir necesita ser *enunciada por un Sujeto en un acto de enunciación* (existencial e histórico) por medio del cual elabora un mensaje que responde a una *intencionalidad* de comunicación y que va dirigido a un *destinatario* determinado. Más allá de su forma lingüística el enunciado estará entonces construido según las prescripciones, esquemas y convenciones (temáticas, enunciativas, retóricas...) propias de un género determinado del discurso social al que pertenece el acto de comunicación.

Si se trata de iniciar o de desarrollar la *competencia de comunicación* a través de la enseñanza-aprendizaje de una *lengua-cultura extranjera*, habrá que hacerlo teniendo en cuenta la relación de *exotopía cultural* (distancia, diferencia) que se establece, en mayor o menor grado, entre la lengua-cultura materna y la lengua-cultura extranjera, es decir enfocando el proceso de enseñanza-aprendizaje como una *actividad de diálogo* entre dos lenguas y dos culturas que pueden complementarse y enriquecerse mutuamente si se adopta una perspectiva comparativa y contrastiva. Para ello habrá que poner de relieve, por un lado, los aspectos peculiares o los contrastes y las diferencias que presenta la comunicación discursiva y textual (recurriendo a textos y enunciados de discursos diferentes) y,

por otro lado, resaltar los aspectos que resulten paralelos, similares, comunes y coincidentes entre las dos lenguas y culturas (en un nivel aparente o en un nivel más profundo). Esto quiere decir que habrá que hacer observar en los *enunciados verbales* concretos con los que un texto construye el universo de la comunicación, los diversos niveles que operan de forma integrada en esos enunciados (nivel fonético-fonológico, nivel léxico-gramatical, nivel semántico-conceptual, nivel retórico-enunciativo, nivel axiológico, ideológico y argumentativo, nivel antropológico y psicológico, etc.).

La enseñanza-aprendizaje de una lengua-cultura extranjera tendrá entonces una importante dimensión formativa y contribuirá a desarrollar la capacidad de comunicación y de diálogo del alumno enriqueciendo al mismo tiempo su visión de la vida y del mundo adquiriendo una verdadera capacidad de *análisis* crítico de la realidad.

2 EL CARÁCTER DIALÓGICO E INTERACTIVO DE LA COMUNICACIÓN VERBAL: RESUMEN DE LAS TEORÍAS Y PLANTEAMIENTOS DE M.MEYER, E.BENVENISTE Y M.BAJTIN

Apoyándonos en los diversos estudios que han puesto de relieve el carácter dialógico de la comunicación verbal podemos afirmar que todo enunciado surgido de un acto de enunciación inscrito en un contexto existencial y socio-cultural está orientado hacia la *comprensión del otro* y por lo tanto implica o exige un acto correlativo (pero no simétrico) de recepción-interpretación por medio del cual el enunciado alcanza su plena justificación y su plena dimensión.

Vamos a resumir a continuación las teorías y planteamientos de algunos pensadores humanistas y lingüistas que han puesto de relieve el aspecto dialógico e interactivo de la comunicación verbal. Los nombres que aquí hemos seleccionado no son los únicos que han tratado sobre estos problemas. Nos limitaremos a ellos porque nos parecen significativos.

Unos de los primeros lingüistas que puso de relieve el carácter intersubjetivo y dialógico del funcionamiento de la comunicación verbal fue el francés Emile BENVENISTE (1902-1976). Es el iniciador en Europa de la lingüística de la *enunciación*. Entre sus estudios habría que señalar especialmente el titulado «L'appareil formel de l'énonciation» (*Langages*, nº17, 1970). Sus planteamientos han ejercido una importante repercusión en la lingüística contemporánea.

Según Benveniste una lengua pasa de ser un mero sistema semiótico (capacidad de relacionar unos signos determinados para producir significaciones

virtuales) a convertirse en una instancia generadora de mensajes verbales dotados de un *sentido* concreto, cuando un *sujeto locutor* se revela como tal asumiendo la palabra en un *acto individual de enunciación*. Por ese acto la lengua se transforma en *discurso*, es decir en elaboración verbal de una representación del mundo, o proceso de *referencia* que construye un universo semántico dirigido a la comprensión de un *interlocutor* (de un «Tú» explícito o implícito) que queda también instaurado como tal por el mismo proceso de enunciación.

Al apropiarse del «aparato formal» de la lengua para construir un enunciado, el Locutor proyecta su instancia de sujeto enunciadador sobre la configuración misma del enunciado constituyéndose como «centro de referencia interna».

La relación necesaria entre el Locutor, el enunciado y el proceso de enunciación se va marcando por medio de un «juego de formas específicas». Entre esas formas, Benveniste señala las marcas de la *persona* (la relación YO/TU), los deícticos temporales y espaciales, los actualizadores y determinantes, el *presente de la enunciación* como punto eje para el juego de los *tiempos verbales*... El sujeto enunciadador proyecta también su *actitud* ante la realidad organizada en el enunciado marcando por medio de las *modalidades* enunciativas (modalidad de aserción, de interrogación, de orden, duda, necesidad, posibilidad, obligación, etc.) su concepción o visión particular del grado de verdad, de necesidad, etc. del proceso representado o su nivel de evaluación y apreciación de los elementos que intervienen en ese proceso para influir así sobre el comportamiento o sobre la reacción del interlocutor o del destinatario.

Todo proceso de enunciación y de elaboración de un enunciado contribuye entonces a orientar o a acentuar la relación entre un «YO» y un «TU», es decir entre un Locutor y un Interlocutor (sea éste real, imaginario, individual o colectivo).

El esquema fundamental de la comunicación humana responde según Benveniste a la estructura dinámica del *diálogo*, aunque el enunciado no adopte la forma específica de un diálogo. Para Benveniste el «monólogo» es, en realidad, una forma de diálogo situado en el interior de un «YO» desdoblado que actúa como «Yo-locutor» y como «Yo-interlocutor». A través de ese desdoblamiento el «Yo» que «monologa» se está buscando a sí mismo, expresa su escisión o su ruptura interior, su deseo de equilibrio o de armonía.

En la práctica, la dimensión *dialógica* de los actos de discurso y de comunicación puede presentar grados y niveles muy diferentes de superficialidad y de profundidad. Partiendo de ciertas consideraciones del mismo Benveniste podríamos decir que un *grado mínimo* de profundidad dialógica lo constituye el tipo de discurso conversacional que Malinowski llama «comunidad fáctica» y que se da en muchas circunstancias de la vida ordinaria (en la calle, en el trabajo, en los

bares, en las tiendas, etc.) cuando la gente se saluda, se pregunta cosas o habla de lo que sea, simplemente por hacer ver que uno existe ante los demás, por el deseo de cumplir con un ritual social, para crear una sensación de comunión gregaria entre las personas por el mero hecho de charlar sin más, sin pretender comunicar nada personal. Ionesco en *La cantante calva* ha sabido explotar muy hábilmente este tipo de comunicación gratuita e informal llegando a obtener un efecto de intensa tragicomicidad.

En el otro extremo, es decir como tendencia hacia un máximo grado de profundidad dialógica, tendríamos el discurso filosófico, el discurso místico, el discurso poético. Mallarmé decía que la poesía constituye «la única tarea espiritual» por excelencia porque al condensar el lenguaje humano en su «ritmo esencial» permite «explorar los aspectos misteriosos de la existencia».

El discurso evocador y revelador de la poesía se apoya, en efecto, en intuiciones de la sensibilidad y del espíritu, en sutiles e inefables impresiones que el poeta va a tratar de traducir y plasmar por medio del ritmo particular, de las imágenes y de los símbolos que cada poema pone en juego para dar forma estética a un estado de alma o para configurar un universo especial que se ofrece al mismo tiempo a la sensibilidad y al espíritu del lector-recreador del texto.

El «Yo» que revela la alquimia del verbo poético es entonces un «Yo» *supratemporal* y *esencial* con el que el «Yo» del lector puede establecer una relación de consonancia espiritual o emocional si es capaz de captar el simbolismo profundo y evocador del poema. Cuando esa comunión-recreación estetico-espiritual llega a producirse, el discurso poético alcanza una dimensión eminentemente dialógica.

Pero mucho antes que lo hiciera Benveniste, el ruso Mijail BAJTIN (1895-1975) había puesto de relieve en sus estudios el principio *dialógico* que está en la base de la comunicación humana en sus diversas modalidades. Los trabajos de Batjín sobre la *polifonía* en la novela (especialmente *Problemas de la poética de Dostoyevski* y *Estética y teoría de la novela*), sobre el carácter polifónico de la cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento (ver su estudio sobre Rabelais), y sobre la *intertextualidad* y el *dialogismo* en la comunicación verbal (*Estética de la creación verbal*) fueron empezando a ser conocidos en la Europa occidental en los años setenta, y en la actualidad están encontrando el reconocimiento que sin duda merecen.

Para una introducción a las teorías de Batjín remito al libro de T.TODOROV, *Mikhaïl Bakhtine, le principe dialogique* (Paris, SEUIL, 1981) y a mi estudio «Mijail Batjín y el principio dialógico en la creación literaria y en el discurso humano» (Suplementos *ANTHROPOS*, nº32, 1992).

Resumimos a continuación los planteamientos de Batjín sobre la comunicación verbal interhumana.

La palabra humana es una realidad «interindividual». Las palabras con las que hablamos las hemos recibido de los discursos que nos rodean. Vivimos inmersos en el mundo de las palabras de los demás. La conciencia individual (que es «voz» interior y por tanto *palabra*) se constituye asimilando las palabras (normas, ideas, opiniones, valores, prejuicios...) que le llegan del entorno humano, y reaccionando, respondiendo, situándose personalmente ante ellas.

La palabra del otro nos impone la tarea de comprenderla aceptándola o rechazándola. Para llegar a tener una ideas personales y pensar con «palabras propias» hay que pasar por el *combate* o por la confrontación con las palabras de los demás, por la reacción ante la «palabra autoritaria»(la que nos ha sido «impuesta» por la familia, el entorno...,etc.) y por la aceptación de la «palabra persuasiva interior» del otro que contribuye a despertar nuestro propio pensamiento y que llegará a fundirse con nuestra propia palabra.

Batjín afirma que el *enunciado*, delimitado por la alternancia de los sujetos hablantes, constituye la unidad del *intercambio verbal*. El enunciado es el *discurso producido por un sujeto* en un acto existencial de *enunciación* dirigido a un destinatario, y situado en un contexto humano, social y cultural. El texto-enunciado no es un «objeto» sino la palabra de un sujeto que proyecta en su discurso una determinada intencionalidad, una actitud, una manera de evaluar o valorar la realidad. Todo enunciado responde de una u otra forma a otros enunciados, a una *preguntas* previas (explícitas o implícitas), y está construido en función de la *comprensión del otro*, para suscitar un efecto, una *reacción*, una *respuesta* (inmediata o diferida, verbal o no verbal - puede ser un simple gesto, un sentimiento...). La respuesta puede ser conformista o crítica, en forma de acuerdo o de desacuerdo.

El *destinatario*, el interlocutor, desempeña un papel fundamental en el acto de comunicación (no es un simple «receptor» como aparece en el esquema propuesto por Jakobson). Como todo enunciado está orientado hacia la comprensión del otro (aunque el «otro» sea uno mismo), cada texto implica un tipo determinado de destinatario, y el destinatario está motivando de forma más o menos directa la elaboración misma del enunciado.

Todo enunciado se relaciona además con un determinado *discurso social* (conversacional, periodístico, político...) y se organiza según los esquemas y las convenciones de un *género* (o subgénero) determinado de ese discurso. En el interior mismo del enunciado opera también la *intertextualidad* o las relaciones que instaura con otros enunciados, con *otros textos* (citados, aludidos, imitados,

criticados, parodiados, etc.). La relación con los esquemas de un *género* puede ser también una relación de parodia o de subversión.

El texto-enunciado puede hacer intervenir además esquemas de distintos géneros y planteamientos relacionados con diversos discursos existentes en el *contexto socio-cultural* que está envolviendo al acto de comunicación del que ha surgido el enunciado.

La *intertextualidad* y la *interdiscursividad* constituyen entonces factores importantes para comprender el sentido de un texto y para entender la orientación de sus planteamientos (sobre todo si se trata de textos literarios complejos y ricos en connotaciones e implicaciones artísticas y socio-culturales).

El filósofo del lenguaje Michel MEYER intenta poner de relieve en sus estudios la «problematología» a la que responde la comunicación humana. Según él, utilizamos el lenguaje para atraer la atención de los demás sobre una cuestión determinada que puede motivar, sin embargo, un desacuerdo, o a la que también se podría no hacer caso. De todas formas comunicar consiste en pretender que el otro se plantee los mismos problemas, las mismas preguntas que nosotros nos planteamos o en pretender ofrecerle una *respuesta* que podrá aceptar o rechazar por motivos diversos. Cada acto de comunicación viene por lo tanto a responder explícita o implícitamente a algo, o se presenta como un mensaje que plantea ciertas preguntas que exigen ciertas respuestas.

Según Meyer, la subjetividad humana se constituye y se revela a través del juego de *preguntas* o de *respuestas* con las que intentamos contribuir a que los demás reconozcan nuestra identidad, nuestros problemas, nuestras diferencias... El diálogo puede hacer disminuir o matizar esas diferencias; puede también hacer descubrir nuevos interrogantes, entrar en nuevos planteamientos.

La comunicación humana es, por esencia, «*problematológica*» (lo evidente, lo obvio no se comunica, y si se comunica no aporta nada nuevo, nada que justifique el acto de comunicación).

Cada acto de comunicación y de discurso exige una forma determinada de plantear el asunto que se va a tratar (es decir una particular estrategia enunciativa, narrativa argumentativa ...) y tendrá que tener en cuenta el valor informativo del contexto, la relación entre los interlocutores, las creencias y saberes que comparten o que los separan, etc.

Comunicar consiste muchas veces en dar a entender, permitiendo deducir ciertas conclusiones, ciertas sugerencias que no se presentan de una manera directa.

Para una visión de los planteamientos de M.Meyer, se puede consultar, por ejemplo: *De la problématique* (1986) y *Questions de rhétorique: langage, raison et séduction* (1993).

3 EL PROCESO DIALÉCTICO DE LA COMUNICACIÓN SEGÚN P. CHARAUDEAU

Patrick Charaudeau en *Langage et discours* (Hachette, 1983) concibe el acto de comunicación como un encuentro dialéctico entre dos procesos: un proceso de *producción* de discurso que un «YO-comunicante» organiza y dirige a un «TÚ-destinatario», y un proceso de *interpretación* que un «TÚ-interpretante» produce construyendo en su interpretación una imagen del «YO» emisor (percibida a través del enunciado o del texto).

Resumimos aquí los planteamientos de P. Charaudeau presentando a continuación los protagonistas y los componentes del proceso de comunicación :

YO-comunicante :

Sujeto o actor extratextual que, situado en un contexto concreto de comunicación, organiza e instaura el enunciado del mensaje en función de un *proyecto* determinado buscando como efecto la adhesión o la conformidad del *Destinatario* al que se dirige y con el que establece un *pacto* o *contrato de discurso* concreto. Para actualizar este pacto el Sujeto comunicante pondrá en marcha una serie de estrategias discursivas que contribuirán a legitimar o a conferir credibilidad a su palabra ante el destinatario. La comunicación necesitará apoyarse en ciertos esquemas (lingüísticos, sociales, culturales, ideológicos...) más o menos compartidos con el destinatario.

YO-enunciante:

Sujeto enunciadador cuya imagen surge del mismo enunciado (agente intratextual). Es la máscara o el rol discursivo que responde a la *estrategia enunciativa* que el «Yo-comunicante» ha escogido para atraerse la adhesión del destinatario o para hacerle reaccionar en una determinada dirección.

Tu-destinatario :

Corresponde a la imagen del destinatario construida o evocada en el interior mismo del enunciado (rol intratextual). Esa imagen depende también de la estrategia instaurada por el «Yo-comunicante» para conseguir que el Destinatario real (interpretante extratextual) se identifique con ella o para hacerle reaccionar en la línea esperada.

TU-Interpretante :

Es el Destinatario real que recibe e interpreta el mensaje (actor o sujeto extratextual). Su interpretación puede responder a la línea deseada por el «Yo-comunicante» o puede reaccionar adoptando un enfoque diferente o no esperado (indiferente, contrario etc.).

A través de su interpretación del mensaje, el Destinatario interpretante forjará también una cierta imagen del «Yo-comunicante» (visión favorable, idealizada, crítica, negativa...), imagen que no puede resultar bastante alejada de la realidad.

Mx = la imagen del mundo representado y elaborado a través del enunciado :

El texto es signo o representación de un universo evocado a través de la palabra. La imagen de ese «mundo representado» dependerá de las *estrategias* (enunciativas, narrativas, argumentativas..) que el Sujeto comunicante ponga en marcha para motivar y orientar la comprensión o la aceptación del Destinatario-interpretante. Desde una perspectiva global se puede hablar de dos tipos de orientación:

a) Producir un *efecto de ficción* por medio de estrategias que fomentan el poder de la ilusión, la imaginación, la fantasía (estrategias de seducción, fascinación, mistificación, manipulación de los sentimientos, de los valores...). Se evocará entonces ante el destinatario un mundo mitificado, idealizado, soñado, fascinante, exótico, etc.

b) Producir un *efecto de realidad o de «objetividad»* por medio de estrategias que dan la impresión de transparencia, naturalidad, «realismo», neutralidad. La palabra parecerá estar al servicio de una «realidad» pre-existente y objetiva. El discurso adoptará un tono testimonial, autobiográfico, didáctico... o surgirá de la voz neutra e impersonal de un informador o de un historiador, un mediador (discurso informativo, histórico, científico, técnico...).

Mo = el mundo «real» extratextual:

Corresponde a la realidad psico-social y cultural dentro de la cual ha surgido el acto de discurso. Es también la experiencia y el conocimiento de la realidad que pueden tener el Sujeto comunicante y el Interpretante.

Las competencias semio-discursivas de los protagonistas del acto de discurso:

P. Charaudeau llama *competencia situacional* a la capacidad de adaptación a las *circunstancias socio-culturales* que motivan, envuelven o justifican el acto de comunicación. La competencia situacional permite escoger un determinado *contrato o pacto de discurso* («contrat de parole») que asigna unos roles a los interlocutores y hace intervenir los moldes y convenciones de un *género* o de un *ritual socio-discursivo* codificado o institucionalizado según las normas, tradiciones y costumbres que regulan el dinamismo multiforme de la comunicación de una cultura-sociedad.

La competencia situacional se complementa y se apoya en la *competencia discursiva* de la que depende el componente Enunciativo y el componente Retórico del enunciado. Esta competencia instaura, en efecto, una serie de *estrategias* (enunciativas, estilísticas, intertextuales...) destinadas a fomentar la *interacción* que el texto establece entre los protagonistas de la comunicación según los objetivos que se persiguen a través del *contrato de discurso*.

La competencia discursiva se complementa en lo que Charaudeau llama *competencia lingüística* (se trata, en realidad, de una competencia *textual* y de una competencia *lingüística*) que organiza el enunciado en su dimensión conceptual y estructural interna haciendo intervenir el *componente narrativo* (organiza la dinámica del mundo representado en el enunciado como una serie de acciones y de calificaciones relacionadas con los protagonistas de una historia o de un proceso determinado), y el *componente argumentativo* (organización del mensaje siguiendo ciertos esquemas lógicos, explicativos, persuasivos... para atraer la adhesión del destinatario-interpretante).

Lo que antes hemos llamado *componente Enunciativo* está al servicio de la estrategia que el Sujeto comunicante pone en marcha para dar forma a una imagen de Enunciador o de comportamiento enunciativo que pueda resultar más efectivo o adecuado de cara al efecto buscado en Destinatario-interpretante. El tipo de enunciación podrá ser *delocutivo* (voz impersonal, tono neutro, objetivo, aforístico, de alcance omnitemporal, etc.), *elocutivo* (centrado en el «yo»: tono subjetivo, testimonial, emotivo, etc), *alocutivo* (orientado hacia el «Tú» del destinatario: tono de consejo, confidencia, incitación, invitación, imposición, etc.)

A esto hay que añadir la *polifonía enunciativa*; las modalidades de integración del *discurso citado* o del *discurso aludido*, parodiado, *caricaturizado*, imitado, elogiado, etc.

Podríamos continuar exponiendo aquí otros enfoques y planteamientos sobre la comunicación discursiva y textual, pero consideramos que los que hemos presentado pueden resultar significativos y servir de introducción para un acercamiento a los problemas y aspectos que hay que tener en cuenta en el análisis del discurso.

No hemos tratado, sin embargo, sobre la organización, configuración y encadenamiento secuencial de los textos. Estos son ya temas específicos y complejos que requieren un amplio desarrollo. Dejaremos este objetivo para otra ocasión.

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- ADAM, J.M. (1990), *Eléments de linguistique textuelle*, Liège, Mardaga.
- « « (1992), *Les textes: types et prototypes*, Paris, Nathan
- BATJIN, M. (1985), *Estética de la creación verbal*, México, S.XXI.
- « « (1989), *Teoría y estética de la novela*, Madrid, Taurus.
- BEAUGRANDE, R.A. de (1980), *Text, Discourse and Process: Toward a Multidisciplinary Science of texts*, London, Longman.
- BENVENISTE, E (1974), *Problèmes de linguistique générale II*, Gallimard, Paris
- BRONCKART, J.P. et Al. (1985), *Le fonctionnement des discours*, Paris, Delachaux et Niestlé.
- CARON J. (1983), *Les régulations du discours*, Paris, P.U.F.
- CHARAUDEAU, P. (1983), *Langage et discours*, Paris, Hachette.
- DIJK, T.A. (1980) *Macrostructures... etc*, Hillsdale, Lawrence Erlbaum Ass.
- ECO, U. (1985) *Lector in fabula*, Paris, Grasset.
- HALLIDAY, M.A.K. & HASAN, R. (1976), *Cohesion in English*, Longman
- MEYER, M. (1986), *De la problématique*, Bruxelles, Mardaga.
- RASTIER, F. (1989), *Sens et textualité*, Paris, Hachette.
- PEYTARD, J. (1982), *Littérature et classe de langue*, Hatier Crédif.
- RICARDOU, J. (1989), «Ecrire à plusieurs mains», *Pratiques*, 61 Mars 1989, pp.111-116.
- RICOEUR, p. (1986), *Du texte à l'action. Essai d'herméneutique I*, Paris, Esprit/Le Seuil.